

FIEBRE DE CARNAVAL DE YULIANA ORTIZ RUANO: DOLARIZACIÓN Y NEOLIBERALISMO EN LA FRONTERA COLOMBO-ECUATORIANA

Fiebre de carnaval of Yuliana Ortiz Ruano: dollarization and neoliberalism on the Colombian-Ecuadorian border

Fiebre de carnaval de Yuliana Ortiz Ruano: dolarização e neoliberalismo na fronteira entre Colômbia e Equador

Fernando Montenegro

Universidad Nacional de las Artes

mario.montenegro@uartes.edu.ec

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5980-5570>

Recibido: 20 - 10 - 2023

Aprobado: 15 - 11 - 2023

Publicado: 29 - 12 - 2023

Cómo citar:

Montenegro, F. (2023). Fiebre del carnaval de Juliana Ortiz Ruano: dolarización y neoliberalismo en la frontera colombo-ecuatoriana. *Pucara*, 2(34).
<https://doi.org/10.18537/puc.34.02.03>

Resumen: El presente artículo revisita la obra de Gloria Anzaldúa y Roberto Bolaño sobre la frontera México-Estados Unidos para discutir la novela de la escritora esmeraldeña Yuliana Ortiz. *Fiebre de carnaval* es una novela publicada en 2022 en Ecuador y España lo que ha posicionado a la joven escritora como un referente crucial para comprender la situación de esa provincia del país andino, situada en la frontera con Colombia. Adicionalmente, la novela se ubica en un período histórico crucial para comprender la historia del Ecuador contemporáneo, es decir, hacia finales de la década de los noventa durante el feriado bancario que derivó en la dolarización de su economía.

Palabras clave: literatura ecuatoriana, frontera, dolarización, opacidad, archipiélago.

Abstract: This article revisits the works of Gloria Anzaldúa and Roberto Bolaño related to de US-Mexican border in order to discuss Yuliana Ortiz's

novel, *Fiebre de carnaval*, published in 2022 both in Ecuador and in Spain. This novel has positioned this young writer in a crucial role to understand the current situation in that Ecuadorian province, situated on the Ecuadorian-Colombian border. Moreover, the novel takes place in the late 1990s during the financial collapse that produced the dollarization of the Ecuadorian economy.

Keywords: Ecuadorian Literature, Border, dollarization, opacity,

Resumo: Este artigo revisita a obra de Gloria Anzaldúa e Roberto Bolaño na fronteira entre o México e os Estados Unidos para discutir o romance da escritora Esmeralda Yuliana Ortiz. *Carnival Fever* é um romance publicado em 2022 no Equador e na Espanha, que posicionou o jovem escritor como uma referência crucial para a compreensão da situação naquela província do país andino, localizada na fronteira com a Colômbia. Além disso, o romance se situa em um período histórico crucial para a compreensão da história do Equador contemporâneo, ou seja, no final da década de noventa, durante o feriado bancário que levou à dolarização de sua economia.

Palavras-chave: literatura equatoriana, fronteira, dolarização, opacidade, arquipélago.

I

Empecé a interesarme por las fronteras mientras vivía en México y leía, con fascinación, las dos novelas principales de Roberto Bolaño, *Los detectives salvajes (LDS)* y *2666*. Aparte del gran efecto que tuvo esta lectura como joven estudiante de literatura, estas novelas parecían plantear algo que iba más allá de la experiencia estética. Quiero decir, estas novelas desbordaban ese ámbito, para mi inmediato, de lo literario y dejaban entrever una problemática mayor que desarrollé con más detenimiento en mi tesis doctoral.

Parte de este efecto de desborde está relacionado con los modos en que Bolaño pone en diálogo sus obras literarias, con las cuales crea un sistema de interrelaciones que no estaría mal llamar rizomático. ¿Cuál era pues esa relación que parecía transportarme de *LDS* a *2666* como en una máquina del tiempo? Hay varias formas en que estas obras se comunican, pero después de varias lecturas e indagaciones sobre el autor y su obra, una me resultaba más llamativa que todas: ambas novelas concluyen en la frontera México-Estados Unidos.

La pregunta que cabía hacerse en ese momento era qué le resultaba tan importante a Bolaño sobre este espacio en particular. Mi acercamiento a la frontera México-Estados Unidos ocurrió bajo la influencia de Gloria Anzaldúa que en 1987 publicó un libro determinante para lo que hoy se conoce con el nombre más mercantilizable de border studies: *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*. Esta fascinante obra, a la que la propia autora describiría como una autohistoria, revisa los modos en los que la frontera México-Estados Unidos, establecida por primera vez en 1848, ha tenido efectos lacerantes sobre la sociedad, la política, la historia, la economía y la imaginación de las poblaciones a las que atraviesa. En el prólogo a la primera edición de su libro, Anzaldúa (1987) escribe:

The actual physical borderland that I'm dealing with in this book is the Texas-U.S. Southwest/ Mexican border. The psychological borderlands, the sexual borderlands and the spiritual borderlands are not particular to the Southwest. In fact, the Borderlands are physically present wherever two or more cultures edge each other, where people

of different races occupy the same territory, where under, lower, middle and upper classes touch, where the space between two individuals shrinks with intimacy (p. 19).

Esta cita es de enorme provecho porque nos permite acercarnos al problema de la frontera desde una perspectiva multidimensional. Por un lado, vale esclarecer que Anzaldúa se refiere a “una frontera física y real” y no a una frontera imaginaria, aunque bien vale mencionar que en cualquier frontera creada por los seres humanos hay algo de invención. Sin embargo, el hecho de que Anzaldúa vea en la frontera una dimensión física resulta decisivo para comprobar el efecto que tiene no solamente sobre los países y la geopolítica, sino sobre los cuerpos que atraviesan o están atravesados por ella. En su más conocida cita la escritora chicana continúa: “The U.S.-Mexican border es una herida abierta where the Third World grates against the first and bleed. And before a scab forms it hemorrhages again, the lifeblood of two worlds merging to form a third country –a border culture” (p. 25).

Ahora bien, lo que me llama la atención de estos pasajes no es tanto ese aspecto físico de la frontera que se encarna como una “herida abierta”, sino algunos elementos que pertenecen no tanto al campo de la literatura, sino al de la economía política. En la primera cita encontramos el concepto “clase” (mencionado a la par de los conceptos de raza y cultura) y en la segunda el concepto de “Tercer Mundo”.

Estos componentes me llaman la atención porque iluminan un aspecto de la obra de Anzaldúa —el económico— que no suele considerarse como importante en el campo literario. La academia norteamericana, en especial, se ha fascinado sobre la obra de Anzaldúa por su proliferación poética y por cómo esa particularidad lingüística se integra en un campo —el literario y el de los estudios culturales— como un referente clave del prestigio creciente que han tenido las culturas de origen “latino” en ese país, al punto que en varias universidades se han abierto carreras de Latinx Studies. Basta, así mismo, con mirar una lista de ganadores de los principales premios literarios, como el Pulitzer, para notar el interés que en las principales instituciones culturales gringas se tiene por estos autores, antaño denostados.

Esta fascinación, decía, oculta una dimensión económica que está explícitamente presentada en los pasajes traídos a discusión. Me parece que es tema de otro trabajo especular sobre el porqué de este ocultamiento, por lo que no me detendré sobre ello. El hecho concreto es que los términos o conceptos están allí y tienen un valor al mismo tiempo literario y económico o, mejor dicho, pone en tensión a estos dos campos y nos obligan, a los lectores de Anzaldúa, para tener en cuenta que no se puede hablar por separado de ellos.

La principal metáfora que utiliza Anzaldúa para referirse a la frontera es “herida abierta”. Es notable que la metáfora está escrita en español para contrastarla decididamente del resto de la frase y, por supuesto, que solo en esta operación yacen varios conflictos posibles que incluyen no solo la guerra entre México y Estados Unidos, sino el estatuto de la lenguas españolas e inglesa como dispositivo de control colonial y, en definitiva, como la representación del sistema mundial capitalista, como lo ha definido Immanuel Wallerstein (2014).

Pero si la lengua es un problema crucial para comprender el sentido de la metáfora, más interesante es lo-que-produce-la-herida. En ese sentido, Anzaldúa nos permite avanzar en una interpretación que pone en discusión el problema de la clase social y de la división internacional del trabajo. ¿Pero por qué? ¿Por qué a esta escritora le parece imposible avanzar en su narrativa sin hacer uso de esos conceptos? Desde mi punto de vista el uso de conceptos económicos para la construcción metafórica del discurso fronterizo está emparentada en muchos sentidos con el contexto histórico en el que se escribió *Borderlands/La Frontera*, es decir, la década de los ochenta.

Mi hipótesis es, en este sentido, que buena parte de lo que ha escrito Anzaldúa es un síntoma del avance del neoliberalismo en los Estados Unidos, donde había empezado a tener consecuencias muy serias, en especial, en esos territorios colindantes con México que formaban parte de la cartografía artística y política de Anzaldúa. Anzaldúa, como se nos recuerda en *This Bridge Called My Back: Writings by Radical Women of Color* (1981), recorría el sur de Estados Unidos impartiendo talleres de escritura y arte en universidades de Texas, Arizona, Nuevo México, Luisiana, Florida, California que eran en general universidades comunitarias con una alta cantidad de estudiantes “hispanos”. En esos circuitos

podía notar, de primera mano, no solamente las huellas de esa guerra de 1848 que dejó a millones de mexicanos “atrapados” en una especie de dimensión desconocida¹, sino que pudo constatar que esa guerra nunca se había terminado, que en la frontera México-Estados Unidos se vive en un estado de guerra continuo y constante que es, además, multidimensional: guerra económica, guerra financiera y, por supuesto, una guerra por las formas (estética).

Creo que quien mejor entendió esta cuestión fue Roberto Bolaño en su novela *2666* publicada en el año 2004. No me consta que Bolaño haya leído a Anzaldúa (mi impresión es que no lo hizo), pero me parece claro que el chileno supo identificar el estado de cosas en la región. El crítico norteamericano Patrick Dove, en un artículo llamado “Literature and the Secret of the World: 2666, Globalization, and Global War” publicado en 2014, utiliza el concepto de Global War (guerra global), desarrollado por el teórico italiano Carlo Galli para explicar el paisaje de extrema violencia que Bolaño expone en su novela. Y no es para menos.

Aunque se trata de una novela muy extensa, la parte más importante ocurre en una ciudad industrial llamada Santa Teresa que no es más que un trasunto de Ciudad Juárez, la ciudad fronteriza que adquirió fama mundial por los casos de mujeres asesinadas y desaparecidas en el desierto que la circunda. Si bien, la novela aborda muchos otros asuntos, es claro que Bolaño le ha puesto el mayor peso a las casi 500 páginas que se dedica a narrar una, por una, más de 160 casos de mujeres asesinadas.

El narrador hace un esfuerzo por darles un nombre y un apellido a cada una de las víctimas identificadas por la policía mexicana, casi en una tentativa de restablecer parte de esa humanidad que ha sido arrebatada de estas mujeres, con frecuencia violadas y con sus cuerpos abandonados en terrenos baldíos. Aunque se manejan varias hipótesis sobre el posible origen de estos crímenes, incluido el de un posible asesino en serie, la realidad y el horror de los sucesos siempre parece exceder cualquier intento por racionalizarlos desde la lógica policial. En ese sentido, la novela parece tener una tendencia al caos, como si nos dijera que

¹ Vale recordar que los actuales estados de California, Nevada, Utah, Nuevo México y partes de Arizona, Colorado, Oklahoma, Kansas y Wyoming fueron anexados al territorio estadounidense como parte

no es posible encontrar la explicación a este tipo de fenómenos. Sin embargo, allí mismo, en ese aparente caos, se ofrecen algunas hipótesis que el lector debe reconstruir por sus propios medios. Se establece, por ejemplo, que varias de estas mujeres tienen rasgos indígenas o que son morenas de ojos negros, provenientes, en definitiva, del sur de México o de Centroamérica. En otras palabras, se trata de mujeres migrantes que han ido a buscar mejores oportunidades de trabajo en las maquiladoras de Santa Teresa/Ciudad Juárez.

Silvia Federici explica de manera diáfana cómo la situación de violencia de las mujeres, desde los albores de la modernidad, tiene razones estructurales, es decir propias del modo de producción capitalistas:

¿Cuáles son los detonantes de este fenómeno y qué revela acerca de las transformaciones que se están produciendo en la economía global y en la posición social de las mujeres? Hay diversas respuestas a estas preguntas pero son cada vez mayores los indicios de que las causas fundamentales de esta nueva ola de violencia son las nuevas formas de acumulación de capital, que implican el despojo de tierras, la destrucción de las relaciones comunitarias y una intensificación de la explotación del cuerpo y el trabajo de las mujeres. Dicho de otro modo, la nueva violencia contra las mujeres tiene su origen en tendencias estructurales que han sido fundamentales para el desarrollo capitalista y el poder del Estado en todas las épocas (Federici, 2015, p. 71).

De hecho, en la novela de Bolaño (2004), la gran mayoría de las víctimas trabaja en maquiladoras, con lo cual la relación entre muerte violenta y explotación laboral queda claramente establecida: “La última muerte de aquel mes de junio de 1993 se llamaba Margarita López Santos y había desaparecido hacía más de cuarenta días [...]. Margarita López trabajaba en la maquiladora K&T, en el parque industrial El Progreso, cerca de la carretera a Nogales y las últimas casas de la colonia Guadalupe Victoria” (p. 469).

del tratado Guadalupe-Hidalgo que no solo incluyó el territorio, sino poblaciones de origen mexicano que de un día para el otro se convirtieron en ciudadanos norteamericanos, aunque de segunda categoría.

Maquiladoras, parques industriales y homicidios. En esta descripción parece que podemos establecer alguna teoría del delito que no puede terminar con un hallazgo de índole policial, sino político y económico. No es casual que los crímenes hayan empezado en 1992 y que se profundicen a medida que avanzaba la última década del siglo XX. ¿Qué había pasado en esa década? En 1994 se firmó el NAFTA que no es más que el cénit del avance neoliberal en México y en el mundo.

De allí que me parece importante el gesto de Bolaño al hacernos notar que el primer crimen del que se ocupa la novela, que ocurre en 1992 y, el último que narra en 1999, no son ni el primero ni el último. Esa indeterminación temporal nos hace pensar en un monstruo más grande que un supuesto asesino serial. Bolaño está pensando en un sistema, en una maquinaria que produce asesinatos de manera prolífica y productiva para sus propios fines reproductores. Quizá el chileno no lo nombró de esta manera, pero podemos decir hoy con toda certeza que, la principal causa de estos crímenes fue el ascenso global del neoliberalismo.

Una cuestión final que me interesa rescatar sobre *2666*, es que el resto de la novela, es decir las partes donde no se narran los crímenes (donde son apenas un lejano rumor o un ruido de fondo), nos sirven para plantearnos hipótesis sobre el signo de los homicidios. No en vano, buena parte de la obra está tras la pista de Benno von Archimboldi, un escritor alemán ex combatiente de la Segunda Guerra Mundial. Más allá de los debates de índole literario, ético y político que se plantea Bolaño con este personaje, me interesa la conexión o la elipsis que realiza Bolaño entre la Segunda Guerra Mundial y la desaparición de mujeres en Ciudad Juárez durante la década de los noventa. ¿Cómo están relacionadas?

Bolaño nos deja ver que Archimboldi viajará a Santa Teresa/Ciudad Juárez para ayudar a un sobrino que está presuntamente vinculado a los homicidios. Esta resolución dramática, sin embargo, excede a los personajes, no porque Bolaño los utilice como metáforas o símbolos de alguna idea o concepto, sino porque están conectados a la misma maquinaria de guerra y de muerte que es el capitalismo. Una de las cuestiones que se debate en la novela, gracias a la presencia de Archimboldi, es que buena parte de los horrores que ocurrieron en

los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial, estaba íntimamente relacionada a las fallas y contradicciones del capitalismo alemán, sobre todo en el ocaso de la guerra, y no con una especie de mal mitológico. Allí, tenemos ocasión de encontrar un posible diálogo, entre las víctimas del holocausto judío y las del holocausto mexicano en Ciudad Juárez. No es que Bolaño busca absolver a los culpables directos, sino que trata de encontrar una respuesta ulterior: las mujeres de Ciudad Juárez son bajas de una guerra global impulsada y sostenida por el capitalismo en su fase neoliberal.

Quizá lo que haya que hacer una vez establecida la comparación, es buscar las diferencias entre un fenómeno como el holocausto y otro como el de la desaparición de mujeres, fenómeno que, como sabemos, no se restringe solamente a Ciudad Juárez. Bolaño, en este sentido, fue profético, pues nos decía, ya en los albores del siglo XXI, que “el asesino sigue suelto”, pero que también está matando en otros lados.

Volviendo a ese rasgo diferencial de las mujeres de Juárez, es fundamental reconocer las condiciones económicas que parecen determinar los crímenes. Digo esto, porque la gran mayoría de mujeres se caracterizan por ser migrantes y trabajadoras. Ahora bien, esto en sí mismo no produce los crímenes, porque se necesita también a los asesinos. La novela no nos deja muy en claro este panorama, pero es casi obvio pensar que los asesinatos son perpetrados por hombres en situación de desempleo o precariedad laboral: “Pero, cuando las maquiladoras se establecieron, no se contrató a hombres desempleados sino a una nueva fuerza laboral configurada por mujeres jóvenes cuyas edades oscilaban entre los 16 y 24 años, en su mayoría solteras y/o económicamente a cargo de una familia y caracterizadas por un bajo nivel educativo” (Quintana, 2016, p. 39).

Hombres desempleados que se dedican a actividades delictivas, como prostitución, tráfico de drogas y armas. Hombres desempleados que asesinan mujeres en el tránsito entre su vivienda y los parques industriales construidos, cada vez con mayor velocidad desde el tratado de libre comercio de 1994. Bolaño es muy específico en describir, en ese sentido, no solo los cuerpos y posibles signos particulares de cada víctima, sino el lugar exacto en que los

crímenes tienen lugar. Esto es importante porque delata una relación concreta y directa entre crimen y espacio o entre la maquinaria de guerra capitalista y sus modos de configurar auténticos corredores de la muerte. Los crímenes, como he dicho, normalmente ocurren en estos intersticios o no-lugares que permite la ciudad neoliberal del tercer mundo, definida por el establecimiento de grandes parques industriales, kilómetros de abandono estatal, cinturones de pobreza donde escasean los mínimos recursos vitales y prospera la violencia. Estos espacios fronterizos son propios de toda ciudad del Tercer Mundo y podemos vislumbrar situaciones similares casi en cualquier urbe mexicana o latinoamericana. Sin embargo, también es importante que la primera localidad donde explotó este fenómeno sea una ciudad fronteriza. Hasta 2022, hay casi 110.000 personas desaparecidas en todos los rincones de la república mexicana.

En este sentido, podemos decir que las fronteras, ya sean nacionales o al interior de las ciudades, han sido un laboratorio de experimentación del horror. Efectivamente, durante el ascenso del neoliberalismo, las zonas fronterizas han adquirido ciertas peculiaridades que las han convertido en espacios críticos y altamente peligrosos, entre otras cosas porque ya no son un asunto exclusivo de los estados, sino porque, por ejemplo, el control de las fronteras nacionales ha recaído también en el control de empresas privadas. En otras palabras, incluso las fronteras nacionales han sido, en buena medida, privatizadas (Mau, 88). Esto ha generado que se produzca una suerte de flexibilización de las fronteras alrededor del mundo, según el sociólogo alemán Steffan Mau. Una flexibilización que, contrario a la promesa de una aldea global, permite a los países del norte global, en colusión con los intereses económicos del capital, ejercer un control selectivo de quienes pueden y no pasar una frontera.

El caso de la frontera México-Estados Unidos es uno de los más paradójicos en este sentido, pues aun cuando el NAFTA entró en vigencia, el país del norte sigue solicitando una visa a los ciudadanos mexicanos. Esto, por supuesto, no ocurre al revés y aunque parezca ridículo, lo es más si consideramos que el acuerdo permite el libre flujo de capitales, pero no el libre flujo de personas. La frontera se convierte así en un espacio (y en un dispositivo teórico) que nos permite observar las contradicciones íntimas del capitalismo.

En el caso concreto que quiero estudiar con ocasión de este trabajo lo que está en juego es la frontera colombo-ecuatoriana representada en la reciente novela de la joven escritora esmeraldeña Yuliana Ortiz Ruano. Antes de pasar a la novela quisiera situar dos hechos por los que esa frontera, conflictiva, hizo noticia en los últimos años tanto en el plano nacional como en el internacional.

El primer asunto está relacionado con el secuestro y asesinato de tres periodistas ecuatorianos en la localidad de Mataje, en la fronteriza provincia de Esmeraldas, al norte del Ecuador, el 26 de marzo del 2018. Los periodistas del diario quiteño *El Comercio* habían ido a cubrir la serie de atentados cometidos por grupos irregulares en varias localidades de la zona. El manejo torpe de la crisis del presidente Lenin Moreno desembocó en el asesinato de los periodistas y reveló el completo abandono en el que su gobierno neoliberal tuvo a esta ya de por sí complicada provincia del país. Una evidencia de esta negligente gestión es el caso de un puente transfronterizo en la zona de Mataje que, simplemente, Moreno dejó construido a medias (la obra, de carácter binacional, había empezado bajo el mandato del presidente Correa). Esta imagen, la de un puente inconcluso, la de un puente que solo promete el vacío, es una imagen o una metáfora muy poderosa de la frontera colombo-ecuatoriana, acaso similar a la propuesta por Gloria Anzaldúa (herida abierta).

El segundo caso que vale mencionar es el mundialmente conocido del futbolista colombo-ecuatoriano Byron Castillo, jugador de la selección ecuatoriana de fútbol excluido del último mundial disputado en Qatar el año 2022. Como se señaló en varios medios, los documentos del futbolista tenían indicios de irregularidad, por lo cual la Asociación de Fútbol de Chile decidió presentar una denuncia alegando que “Castillo es colombiano” y en consecuencia la selección de Ecuador debía ser desclasificada de la competición. Luego de presentar en varias instancias el caso, el último dictamen que sancionó a la selección ecuatoriana lo estableció el TAS, un tribunal internacional privado sin competencia alguna en la legislación ecuatoriana. Sí, el TAS decidió que Castillo no es ecuatoriano.

Más allá de los detalles jurídicos del caso, tanto las autoridades deportivas internacionales, como las locales, quedaron en evidencia tras la polémica alrededor de Byron Castillo. Castillo, como tantos otros niños y niñas de la frontera colombo-ecuatoriana, tienen familia y vidas en los dos lados de la frontera y en ocasiones son inscritos indistintamente en cualquier país. Debo decir, adicionalmente, que esta región del norte de Sudamérica es una de las zonas más abandonadas y con peores índices de pobreza, agravado todavía más por el frenético racismo por tratarse de localidades mayoritariamente habitadas por poblaciones afro. Casos como el de Castillo ocurren todos los días. Y seguirán pasando. En la novela de Ortiz (2022), de hecho, se da cuenta de la porosidad de esa frontera a través de un personaje secundario: “El marido se parecía un poco al profesor Jirafales pero con acento colombiano...” (p. 53).

La otra cuestión que vale la pena aclarar es que geográficamente se trata de una zona compleja y con frecuencia difícil de acceder o controlar. Una región definida por su insularidad y por su clima caluroso y vital. Convendría traer a la discusión el concepto de lo archipelágico avanzado por Edouard Glissant (2015), pero por ahora prefiero empezar con un poema de la propia Yuliana Ortiz (2021) que será, sin duda, más próximo: “observada desde el cosmos/ Limones parece una célula/ o un erizo de mar/ moviéndose a 1km/h/ arriba del océano Pacífico” (p. 8).

Limones es una de las localidades fronterizas de la provincia de Esmeraldas y uno de los espacios clave que ha trabajado Yuliana Ortiz en toda su obra. Me interesa de estos versos, particularmente, esa mirada cartográfica, o con voluntad cartográfica, que nos permite advertir la condición insular de Limones, algo que, por cierto, se olvida con frecuencia. Esta condición se tensiona con la naturaleza fronteriza de la provincia de Esmeraldas. Me pregunto si es en esta tensión (frontera-isla) que podemos explicar la última oleada de violencia que sufre la provincia con una tasa de 44,6 muertes por cada 100 mil habitantes, un récord histórico para la provincia y para todo el país.

Como en Anzaldúa, en la novela de Ortiz la frontera no es una cuestión exclusivamente geográfica o territorial. Dicho de otra manera, la cuestión de la frontera no es única del límite político con Colombia, su lógica se inserta y

prolifera en los territorios urbanos de la ciudad de Esmeraldas e incluso dentro de la casa de mami Nela, la abuela y matriarca familiar, donde se desarrolla buena parte de la historia de Ainhoa la niña que narra la novela. En el siguiente pasaje se advierte la sensibilidad de Ainhoa respecto a esa proliferación de fronteras:

La casa de mi mami Nela está ubicada en la mitad de dos barrios, cosa seria. Del colegio la Inmaculada para arriba, y cuando digo cosa seria es que hay como una telita transparente entre ellos y el nuestro, una pequeña línea que divide lo bueno de lo malo. Una división que crece en las palabras: un mijita, usted no tiene nada que ir a hacer para allá arriba, o Yuyi, no, mi amor, usted puede solo salir con nosotras y nunca, mi amor, en serio, no sea tal de ir a esos barrios (p. 27).

Por supuesto que Ainhoa “fantasea” con transgredir el mandato de su abuela y que parte de sus obsesiones se explican con ese “otro lado” que, como he dicho antes, no solo es otro barrio o territorio, sino que implica diferencias de otra índole: “A veces cuando yo me ponía una licra muy corta las muchachas que limpiaban la casa me decían que me la saque urgente, que luego mi mami Checho iba a decir que por qué me estaba vistiendo como las toscas de la Guacharaca” (p. 28), que es el barrio “malo”. El límite barrial opera aquí como un dispositivo de diferenciación entre el bien y el mal, como ocurre también al interior de la vivienda:

Hay una línea invisible que separa también el miedo del respeto, como la línea que hace que unos sean buenos y otros sean malos. Esa línea es como una cuerda con la que uno pueda saltar y estar en ambos lados, a veces en el bueno y otras solo estar en el que le tocó caer los pies, sea el izquierdo o el derecho. Eso siento cuando mi mami Nela me habla de Dios, hay una línea que me hace temerla, y otra respetarle. También esa sensación se expande debajo de mis huesos, late en mi sangre, de la misma forma, cuando mi mami Checho me cuenta ilusionada cómo la Mama Doma le salvó la vida (p. 31).

En el fragmento anterior la palabra “línea” se repite cuatro veces ya no para referirse únicamente al espacio (aunque este fragmento se lee mientras se describe la casa de la abuela), sino a las relaciones familiares, especialmente con los hombres. También la línea parece tener una dimensión corporal que se observa en la referencia a los “huesos” y la “sangre”. Esta encarnación recuerda una idea de Anzaldúa cuando describe la vagina como una “rajadura” y al cuerpo femenino como una “Shadow Beast” que debe mantenerse disciplinada. Como en la casa de Ainhoa, en la de Anzaldúa los hombres son una amenaza constante, por lo cual las líneas se marcan de manera firme a través del régimen familiar. En este punto se plantea una dimensión ética de la línea que bien vale comentar, porque me parece que nos acerca a un posible contrapunto entre las nociones de frontera y archipiélago.

La línea separa. La línea diferencia. La línea estratifica. Pero también la línea cuida y resguarda los cuerpos de las mujeres. Cuando se habla de respeto², me parece, se alude a una fragilidad de este tipo, no a una debilidad. Las reglas de la familia, por estrictas que parezcan ser, buscan organizar una política de defensa ante una tradición de abuso y violencia que no necesariamente están representados por una figura masculina concreta, sino por un sistema sexuado de dominación que, también, es económico. Esto vale para la ciudad de Esmeraldas, pero también vale para la casa y para el cuerpo. Y no está demás advertir su violencia. En la ciudad neoliberal la frontera puede convertirse en un sistema de inteligencia que se transmite a través de la enseñanza femenina y el cuidado materno. Ortiz es muy cuidadosa al trabajar con estas enseñanzas, pues, pese a que se trata de una niña, en ningún momento, tiene una postura esencialista, al contrario, mientras la moda de las “escrituras del yo” trabajan con una especie de ansiedad por mostrar la fauna y flora cultural que sostiene el mundo del narrador, Ortiz decide ocultarlo o, mejor dicho, precautelarlo, y lo hace a través de la música (el ritmo) y la danza (el cuerpo).

² En este punto me gustaría referirme al volumen publicado por Doris Sommer, *Abrazos y rechazos: cómo leer en clave menor* cuyo título original en inglés es *Proceed with Caution, When Engaged by Minority Writing in the Americas*, donde la crítica norteamericana advierte que varios autores y autoras de nuestra tradición narrativa suelen ser más elusivos de lo que quisiera la crítica literaria occidental, en el sentido de que no terminan de “confesar” todo lo que debería confesarse. Insiste, a través de los ejemplos de Rigoberta

Este es el gesto, me parece, más político de la novela y donde quizá podamos relacionar la idea de frontera con la idea del archipiélago como su contrapunto, en cuanto que, como ha sostenido Glissant (2015), buena parte de la cultura isleña se manifiesta a través de una cierta opacidad discursiva, que no tiene nada que ver con el recelo, sino con el recaudo, la resistencia y la memoria de la diáspora africana. En ese sentido la música y la poesía cumplen una función gravitante y estratégica en la novela de Ortiz pues, pese a sus potencialidades seductoras, no se entregan totalmente al dominio cognitivo y pretenciosamente transparente del lector que debe, por momentos, resignarse a no saber cuál es el contenido real la conversación y mantenerse en un estado de respetuosa pero incómoda ignorancia. Léase el siguiente fragmento: “baisifonki sebom/ baisijonki/ se bombombom” (p. 61).

Esa interrupción de la música genera momentos de quiebre y tensión en la narración y el lector no tiene más remedio que abrir la boca y mover el cuerpo, para tratar de ingresar al sentido de la novela de la que, por un momento, ha quedado desplazado. El lector blanco-mestizo se queda detenido en una línea que no puede traspasar sin rendirse primero a la seducción y, sin embargo, este juego, no es apto para turistas, pues no se trata de una adivinanza que necesita de su pericia o erudición para resolverla, sino que se transforma en una forma de saber que se procesa y se recrea en el momento que las ñañas se disponen a bailar: “Siempre la ponen a las cinco de la tarde, cuando el sol cae incendiado atrás de la loma de la Guacharaca. Yo dejo lo que sea que esté haciendo para prender la radio y sacarme la madre bailando” (p. 58). De este pasaje me interesa en particular la recurrencia repetitiva del baile, la rutina, y el ritmo que en sí mismo está plagado de repeticiones. Es justo en esa práctica que, según Glissant (2015), se puede hablar de opacidad:

Esfuerzo intelectual con arranques de repetición (la repetición es un ritmo), sus momentos contradictorios, sus imperfecciones necesarias, sus exigencias de una formulación en última instancia

Menchú, Toni Morrison o El Inca Garcilaso, que este tipo de escrituras tienen el trabajo de “resguardar” ciertos saberes que no debieran estar disponibles para cualquiera que quisiera averiguarlos. Esta poética del resguardo tiene que ver, finalmente, con el cuidado de esos saberes más que con cierto secretismo, aunque bien visto, quizá convenga llamarlo secretismo, pero ya no en sus inflexiones más esotéricas, sino en tanto una estrategia política de supervivencia.

esquemática, muy a menudo oscurecida por su propio objeto. Pues el intento de acercarse a una realidad tantas veces ocultada no se ordena de inmediato en torno a una serie de claridades. Exigimos el derecho a la opacidad, con el cual nuestro empeño en existir con reciedumbre tiene el alcance del drama planetario de la Relación: el impulso de los pueblos anulados que hoy oponen a lo universal de la transparencia, impuesto por Occidente, una multiplicidad sorda de lo Diverso (p. 9).

La insistencia con la música y el baile en la novela de Ortiz, entonces, es su derecho a la opacidad y este gesto está intensamente expresado en la relación problemática entre la ciudad de Esmeraldas y la isla de Limones a la cual las mujeres recurren cuando la enfermedad o la desgracia flagelan a un miembro de la familia. Luego del relato de uno de esos viajes hacia la isla, durante las fiestas de carnaval, la narradora comenta: “Mi mami tiene tantos secretos como el agua, yo sé que está viva porque puedo ver cómo le crece la vida alrededor, cómo las voces se dirigen a ella, cómo el agua que le viene adentro hizo posible mi existencia y la de mi ñaña...” (p. 95). Ese secreto es, en definitiva, el cuidado de la vida.

Mi sensación es que esta situación de fragilidad, que al mismo tiempo es de riqueza cultural, económica, ecológica y humana, está relacionada con la penetración que han tenido los procesos de neoliberalización de la economía. Evidentemente, me hacen falta datos para probar mi afirmación anterior, pero mi interés pasa por el campo de lo sensible que es en el que opera la literatura. En otras palabras, creo ver algunas pistas de esta devastadora realidad en la novela *Fiebre de Carnaval*, no solo porque retrata la Esmeraldas contemporánea, sino porque se ocupa de indagar en la década de los noventa, especialmente en los años de una de las mayores crisis económicas y políticas que ha vivido el país, bastante similar a la actual, dicho sea de paso. En otras palabras, a través de la novela de Ortiz, podemos conectar ambos momentos históricos como dos fases de explosión e implosión del capitalismo ecuatoriano en su fase neoliberal.

La novela también da cuenta de la transición urbana, económica y social de la ciudad y la provincia de Esmeraldas mientras el país viaja encogido hacia una economía dolarizada. Este punto es crucial para comprender su sentido. En otro trabajo de mi autoría³ he señalado que los y las escritoras ecuatorianas han fallado en escribir sobre el cataclismo social más importante de los últimos 150 años de la vida republicana: la dolarización de la economía. Hasta la fecha, no he encontrado sino señales muy difusas en las obras escritas en los últimos veinte años. No es el caso de la novela de Ortiz que no solamente se ocupa de este período histórico, si no que nos hace notar las devastadoras consecuencias que tuvo para su familia y sus vecinos:

Crisis y la radio contando historias de lanchas con migrantes ecuatorianos que huyen ensardinados y desaparecidos para siempre hacia el gris opaco del mar vía a estados unidos. Crisis y una turba de ecuatorianos caminando la frontera de guatemala para cruzar a estados unidos. Crisis y los niños de al frente de la calle principal que nunca los bañan ni los cuidan, como dice mi mami Nela, abandonados por sus papis que se fueron, capaz a chile a estados unidos. Crisis. Crisis. Crisis. Feriado, pero aquí no hay una feria, ni alegrías, solo muertos en la radio, personas que saltan de edificios en la capital en Guayaquil, una turba de personas asumiendo la calle como el único hervidero posible (Ortiz, 2022, p. 177).

Con feriado se refiere al feriado bancario que tuvo lugar en el Ecuador el 8 de marzo de 1999. Este suceso desembocó, un año después en la dolarización de la economía. Ahora bien, según Maurizio Lazzarato (2021), la globalización no es más que la dolarización del mundo. De manera más desarrollada, en *Guerras y capital*, argumenta lo siguiente:

Nuestra primera tesis es que la guerra, la moneda y el Estado son las fuerzas constitutivas y constituyentes, es decir, ontológicas del capitalismo. La crítica de la economía política es insuficiente en la medida que la economía no reemplaza a la guerra, sino que la prosigue

³ Véase: Montenegro, F. (2022). “La dolarización en la literatura ecuatoriana: especulaciones iniciales”, *Pucara*, 2(33), 44-60. <https://publicaciones.ucuenca.edu.ec/ojs/index.php/pucara/article/view/4533>

por otros medios que necesariamente pasan por el Estado: la regulación de la moneda y el monopolio legítimo de la fuerza para la guerra interna y externa (p. 32).

En otras palabras, una economía dolarizada es una economía de guerra. Pero no solo eso, el Ecuador ha estado dolarizado por casi 25 años y, sin embargo, el dólar no ha sido establecido como su moneda oficial. En cada proceso electoral el asunto de la dolarización sale a la luz, como si se tratara de un trauma o un fantasma del que tenemos demasiado miedo de hablar. La idea de que un nuevo gobierno amenace con desdolarizar la economía ha provocado tal furor, que usualmente se utiliza como material de campaña sucia, que ha logrado, incluso, ganar las elecciones en los últimos años.

Me da la sensación, sin embargo, que el trauma de la (des) dolarización no pasa solamente por el terreno de la economía política, sino también por el campo de la sensibilidad. En la medida en que la dolarización se ha convertido en “la forma misma de nuestra economía”, ha transferido sus efectos a lo que Suely Rolnik (2019) entiende como la capacidad “personal-sensorial-sentimental-cognoscitiva” (p. 46) del sujeto. Quizá eso explica el estado de delirio y de absoluto caos en el que se sumen los personajes en la novela de Ortiz, una vez que explota la crisis: migraciones, suicidios, depresión. No en vano, la niña protagonista, muere ahogada después de una especie de delirio que la embauca en una lancha en medio del mar, esas mismas lanchas en las que los ecuatorianos huyen tras el feriado bancario:

Necesitaba escabullirme de mi cabeza, salirme de la pasta cremosa anidada dentro de los huesos de arriba del cuello. Mi cráneo, una funda transparente llena de agua babosa. Mi cráneo lleno de coágulos y alacranes podridos empapados de la pasta cerebral, que me impedía respirar y me agitaba el pecho. Las ballenas seguían saltando y mugiendo como vacas de agua, quería llorar de alegría, pero lo que yo realmente necesitaba era tener ese cuerpo, esa capacidad de elevarme y estrellarme contra el agua salada: eso era. Corrí rápidamente hasta la punta de la lancha y salté de regreso al agua (p. 185).

Una niña muerta para explicar la muerte de una moneda y, por tanto, de una historia. Lo interesante de la novela de Ortiz, pasa también por otra parte y plantea una pregunta fundamental para los estudios literarios en el Ecuador: ¿Cómo fue posible que los y las escritoras ecuatorianas no han tocado este tema? ¿Es tan fuerte el dolor? ¿Tan profundo el trauma?

Me parece que parte de la respuesta que nos da Ortiz es que solo desde esa posición fronteriza quedaba habilitada la historia de la dolarización como una narrativa del dolor que está, relata, además, desde la especificidad archipelágica afroecuatoriana. Quizá por eso solo ella ha sido capaz de contarla de esa manera tan descarnada. En este sentido, la frontera es también una posibilidad crítica, aunque solo cuando es resignificada del modo en que Suely Rolnik ha utilizado la idea de la cinta de Möbius, a partir del trabajo de Lygia Clark. En mi entender, Yuliana Ortiz entiende a la frontera de una manera análoga, nos obliga a verla como un espacio también de resistencia, respeto y saber, un saber que no deja de ser cartográfico, porque claramente exige un posicionamiento en el espacio y en el campo de la ética. Es con ese saber que Ortiz ha detectado que la dolarización de la economía ha desatado una lógica de guerra en varios frentes, entre ellos, en el campo de las formas y de la sensibilidad.

Referencias

- Anzaldúa, G. (1987) *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*, Aunte Lute Books, San Francisco.
- Bolaño, R. (2004). *2666*. Anagrama.
- Federici, S. (2015). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Tinta Limón ediciones, “Introducción” y “La acumulación de trabajo y la degradación de las mujeres”. Buenos Aires.
- Glissant, É. (2015). *El discurso antillano*. Uartes Ediciones.
- Lazarato, M. & Alliez, E. (2021), *Guerras y capital. Una contrahistoria*, Tinta Limón ediciones, Buenos Aires. Capítulos: “Introducción” (pp. 29-48), “La acumulación originaria continua” (pp. 59-100) y “Las guerras totales” (pp. 190-248).
- Montenegro, F. (2023). “La dolarización en la literatura ecuatoriana: especulaciones iniciales”, *Pucara*, 2(33), 44–60. Recuperado a partir de <https://publicaciones.ucuenca.edu.ec/ojs/index.php/pucara/article/view/4533>
- Mau, S.; Brabandt, L.; Roos, Ch. (2012). *Liberal States and the Freedom of Movement: Selective Borders, Unequal Mobility*. Nueva York: Palgrave Macmillan..
- Ortiz, Y. (2022). *Fiebre de carnaval*. Recodo Ediciones.
- _____. (2021). *Cuaderno del imposible retorno a Pangea*. Recodo Ediciones.
- Quintana, M. (2016). *Feminicidios en Ciudad Juárez: repercusiones de la integración económica norteamericana en la vida de las trabajadoras de las maquilas* (tesis de maestría). PUCE-Quito.
- Rolnik, S. (2019). *Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente*. Tinta Limón ediciones.
- Sommer, D. (2005). *Abrazos y rechazos: cómo leer en clave menor*. Fondo de Cultura Económica.
- Wallerstein, I. (2014). *El moderno sistema mundial*. Siglo XXI.